

## El hijo de Analfa y Beto...



Me parece que fueron muy injustos...

Le vomitaron el trabajo de sirvienta una mañana, partiéndole por la mitad sus ocho años de niña, de trenzas, de espejos y muñecas... Fue a los quince días de cuando su madre se enamoró del amor, a los cuarenta... y se marchó... Su padre trabajaba en todos lados y nunca tuvo el tiempo ni las ganas para ella.

Nunca fue a una escuela. Y ahora de grande, lo sufría. Dicen que la ignorancia, nunca tiene amigos. La soledad, tampoco. Oscuridad del no ver, añorando que en algún lugar, debe de estar aun dormida, esa luz que nunca le llegó. Dormida, casi convencida de que nada pasa con su ausencia. Ignorancia de la peor, con vocación suicida.

La madre la dejó en el muy atrás, revolcada en el olvido, ignorada en la memoria, exilada del presente. En carne viva le mordisqueaban los recuerdos de esa ausencia. Secretos, amores y violencia cotidiana. Ausentes en una ausencia dolorosa, que siempre se le quedó muriendo en el presente. Le llamaban Ana, pero le faltaba el nombre y le faltaba el alma, como si hasta la muerte misma le hubiesen robado de su vida.

Y llegó cansada a grande, sin leer, sin escribir, en un mundo inundado de consonantes y vocales. Sobrevivía escuchando y recordando los sonidos y las voces. Sonidos de árboles y de montañas. Sonidos en blanco y negro, cual fantasmas que se recortaban sobre un fondo oscuro indiferente.

*- Lamento mucho que no sepa leer, ni sepa escribir... tal vez más adelante se necesite a alguien en quien no sea necesario el leer o el escribir. Quien sabe... puede ser. Amen... -* Liturgias profanas que denunciaban las herejías del presente, hechas con hambre y desempleo, después que se murieron los que un día, le esclavizaron su infancia y juventud. Los bolsillos sin un peso, el pasado transmutado en gran problema a su presente. Muchas veces se quedaba deambulando entre recuerdos, con los ojos inundados de lágrimas con rabia, mientras las ráfagas de un aire muy caliente, le hacían estremecer el presente de pan duro y mate cocido sin azúcar... Era difícil aceptar que el lugar que debía estar allí, no estaba.

Pero todos tenemos un lugar en este mundo, esperando a que lleguemos. Y en otra parte, un anciano cascarrabias se moría inundado en lenguas, consonantes y vocales. El músculo cardíaco le latía levitando, como si por un camino inverso, llegase siempre hasta lo mismo. A su alrededor, se multiplicaban los rincones ausentes de vacíos. Nadie lo aguantaba... Daba miedo. Huir despavorida, era el ritual repetido de aquellas pobres mujeres que intentaron cuidarlo sin paciencia, a cambio de unos pesos.

La casa del viejo docto la recibió a la analfabeta Ana, tan sedienta como si la esperase

desde un muy lejano siempre. Casa de poetas, cuentistas y aspirantes a ser leídos por todos aquellos que jamás a nadie, le importaron... El viejo literato solía presidir talleres de escritura, donde se intercambiaban injurias literarias. Pero nadie ahora lo aguantaba y al final, había quedado solo, dejándose morir en la miseria dorada de un cuartucho enorme, que le traía los ruidos de los duelos a sable, los cantos de borracheras perdidas y el olor de los sembrados de angustia, de la más pura y rancia estirpe.

Ella supo trastocar los nombres de pastillas y remedios, por colores y formas de comprimidos y grageas. Cambiaba el largo de las sombras, por las agujas amorfas del reloj de la pared, que insistía en treparse hasta los techos. Y así manejo al tiempo y a las capsulas, que encerraban gotas de medicinas y esperanzas. Y así supo darle a horario el tratamiento, hecho en pastillas y cariños, insuflándole vida al vapuleado corazón del indómito poeta, dándole vida a la estrangulada próstata que le lloraba lento en solitarias madrugadas. Y supo darle paz al alma atribulada, tapada de abandonos y de olvidos... hasta que logró mejorarlo mucho, a ese viejo Beto y cascarrabias.

Ilustre analfabeta y desquiciado docto. Se hacia más profundo el abismo entre lo humano y lo inhumano, mientras en largas charlas se preguntaban adonde se iba el tiempo, o que pasaba con el tiempo cuando nos atraviesa los afectos y las perdidas. Y poco a poco fue creciendo ese “no sé qué...”, hasta que se amaron con la piel y las mucosas... como nunca. Olvidándose de alfabetos y de analfabetos, diluidos en ese lenguaje sublime del amor entre las sabanas.

A la música, la poesía y la belleza, Ana comenzó a sentir las en su cuerpo y en la mente. Y así, a sentirse libre, cada vez más libre. Se sentía inspirada y lograba equilibrarse, rodeada de silencios. Y ambos - por fin en paz - se fueron de si mismos, amándose en el otro. O como dicen en los bajos fondos, enamorándose del otro.

Cada vez más... Cada día más... Copulados en el cuerpo y en el alma. Hasta el más fondo de los fondos... Restaurando las heridas y cicatrices del pasado, hecho presente. A veces las letras sirven mucho, pero a veces, no hacen falta... Y el mensaje de ese amor que nació entre letras y silencios, fue una nueva vida, que nació en una mañana de lluvias, relámpagos y truenos. Nació en un cuento, en un cuento de verdad. Un cuento de Ana y Beto, analfabetos y alfabetos ilustrados... apadrinados por lectores que sonríen, cada vez que terminan de leerlo.

*Fin*